

654832

0000000000. Supt. 11-19-1979. P.E.D.

## Balance de la Inteligencia

Por Pepys

Julio Arrigada Augier, que acaba de morir en Chile, en medio de una dolorosa depresión física, muestra un gran amor por su país. Afecto hacia aquellas manifestaciones que la inteligencia, abstraída y oculta de sí misma o aisladas, era capaz de procurar su propia invisibilidad en pos del hallazgo de una frase feliz. A cada paso su espíritu denunciaba sus raíces francesas. Su charla era el contrapunto de Monique Teste y sus sombras del Mediodía. Su estudio consistía en decantar magistralmente los términos de la oración hasta dejar en pañales, si cabe decirlo así, el núcleo de los grandes temas.

Su vida fue un derroche de dones, un reparto incesante de bienes en favor de la comunidad de la inteligencia. Ponía de relieve, de este modo, una expresión muy importante de su carácter: la oposición tiene toda forma de libertad. No se trataba de que lo confundieran con un filántropo a sueldo, filántropo como la de Monsieur Teste, estuvo encabezada a conseguir, siempre, el mejoramiento de las cualidades críticas del hombre.

Cuando la fortuna política puso en sus manos una cuota de poder—pese a que aquí nacía la cultura obdiente demasiasmados poderes—, multiplicó alagadamente los recursos públicos para llevar al molino de las artes el caudal de sus intereses. En este aspecto los años 50 constituyeron un aporte singular y admirable al desarrollo de la cultura chilena. La literatura, la pintura, el teatro y las publicaciones de arte amplificaron de manera excepcional su tributo de desenvolvimiento. Hubo un instante en que la comunidad creyó ver en la mano prodiga del Estado el signo de la Santa Providencia.

Si se quiere tener una ilustración viva de las relaciones que Julio Arrigada Augier, desde su puesto de Subsecretario

de Educación, estableció con las garras de las artes, conviene trascender el enfoque cronológico a suerte, formar en que contribuyó a avivar la "desfiguración" impuesta del nublo novelista Nicomedes Guzmán. Yendo y viendo a salto de mata por entre toda suerte de trabajos precarios, Nicomedes Guzmán recalcó al fin en el Ministerio de Educación, asistido por la virtud guionista de Julio Arrigada Augier. Es célebre en la sociedad de los conocedores el diálogo que selló tal convenio de trabajo:

—Y qué debo hacer?— pregunta el novelista, angustiado ante la idea de la antropofagia burocrática.

—Nada. Sólo escribir tus novelas —responde, sin apariencias, Monseñor Teste desde su escritorio. Subsecretario.

El poeta Benjamín Velasco Reyes, otro de los delirios beneficiarios de esta moderna forma de mecenazgo, tenía por hábito salir de viaje al país sin someterse a ninguno de los reglamentos de la Administración Pública. Sus jefes directos, empeñados a veces en leer sus últimos poemas, caían en la cuenta de que entre ellos y el poeta mediaba una ausencia más que prolongada. Alarmados, le dirigían un telegrama a Chillán Viejo. Al cabo de unos cuantos días, Benjamín Velasco Reyes hacía notar su presencia en el Ministerio. Delante del Subsecretario, sacaba de su bolso un libro inédito. El Subsecretario leía con sumo cuidado. Después emitió una breve sentencia:

—Acepto la poesía.

La fama de la amargura espiritual del Subsecretario de Educación de Chile, en aquellos tiempos, no sólo se extendió por la vastedad del territorio patrio. Allá, en Perú, en Ecuador, en México, se hablaba del extraordinario avance que había logrado Chile en el campo de la cultura.

Cortejo y Epítacio, esa sutil, discutida y alabada obra con que se dio a conocer el poeta David Benavente Taub, hoy fallecido. Cada uno de los Julios Arrigada Augier a uno de sus más decididos favorecidos. Con fondos del Departamento de Cultura y Publicaciones hizo comprar, para su distribución en bibliotecas escolares, una cantidad de ejemplares que permitió al autor compensarse efectivamente de todos los gastos de la edición.

Es común ensalzar en este país al escritor que, mediante astuta mezcla de talento creador y métodos de administración, no hace sino refractar, como en un espejo, todos los rayos de la gloria en su particular provecho. Narciso triunfa en todas partes. El hombre que se encierra durante un año a escribir un libro es el modelo ideal de la sociedad egósta que lo engendra, lo ampara y lo corona. Al morir, este hombre conquista funerales de primera clase. Es justo. Hizo lo suyo. No ayudó a nadie. No irrumpió a nadie.

Paradigma de la desigualdad, este hombre se abstiene de participar en cuestiones contingentes; se priva, incluso, de escribir acerca de los libros; vive sólo a la espera de lo que se ha de decir en torno a lo que él ha escrito.

Julio Arrigada Augier, dueño de un temple volteriano, hábil y profundo en sus sentencias críticas, vivió con la esperanza del nacerío y la caridad de San Francisco. Desenvolvió su actividad en un clima de desinterés y de arrogancia, orgullo por seguir el sendero humilde. Un día nos hizo destinatarios de un libro bello, resarcido de los economos de una catástrofe. Precio, de Carlos R. Mondaca. Era su modo de manifestar su cariño. Los poemas personales los guardaba para la eternidad anónima que sigue al ilusto de la muerte.

## Balance de la Inteligencia [artículo] Pepys.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

Balance de la Inteligencia [artículo] Pepys.

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

### INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

### UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile